

# E. MIRET MAGDA LENA

Un amable profesor jesuita me escribe una carta sobre mi artículo "¿A qué Iglesia seguir?". Y lo mismo hacen varios lectores más, que no adoptan sino una de estas dos posturas: el asentimiento total, o el disenso completo. Ni a ninguno indiferente se encuentra entre ellos.

No voy a discutir, ni mucho menos, el derecho que tienen de pensar otra cosa distinta de la mía; no quiero ser nunca un dogmático, aunque algunos así lo piensen. Yo creo, eso sí, que unos tienen razón y otros no la tienen; pero mi método es el mismo que propugnaba hace unos años Mao-Tse-Tung (por otro lado muy parecido —al menos en teoría— al método que usa el Evangelio con todos): "no se pueden resolver todos los problemas si no es mediante la discusión y la crítica, la persuasión y la educación... Debemos humillar nuestra altanería, criticar constantemente nuestros defectos, de la misma manera que nos lavamos cada día la cara. Tenemos el deber de escuchar la opinión de los otros, de permitir que los demás se pronuncien. Si lo que dicen es justo lo aplaudiremos, y aceptaremos todo lo que es positivo. Si no, debemos igualmente dejar a los demás expresarse, y después les explicaremos pacientemente en qué se han equivocado".

Así quiero proceder yo, como creo que todos debemos proceder: exponiendo lealmente lo que pensamos, y nuestras razones personales.

En primer lugar, cuando al final de mi artículo hago apelación a un texto deuterocanónico de la Biblia —del Eclesiástico— y lo hago porque soy creyente en esa sabiduría que destila este libro y que puede extraer quien la lee con ojos sencillos y con mirada inteligente. He de aclarar que al hablar de "corazón", la Biblia, como última apelación de nuestra conducta, no quiere decir lo mismo que en el lenguaje corriente. Nuestro lenguaje popular entiende por corazón el centro de los sentimientos, de los afectos y de las emociones. Pero el Antiguo y el Nuevo Testamento suelen tener otra idea. Para ellos el corazón no es simplemente esa reacción emotiva y ciega del ser humano, sino todo lo contrario: el asiento de nuestra intimidad más profunda, "el asiento de las fuerzas del alma, inteligencia y facultades espirituales", según el Antiguo Testamento; "el yo del hombre, su interior, su personalidad en contraste con lo exterior", según el Nuevo (J. B. Bauer, Diccionario de Teología Bíblica). O como dice el padre J. Bonsirven, S. J.: "Representa también al hombre entero... (y) el aspecto afectivo, tan destacado posteriormente, desaparece ante el papel del discernimiento" (Vocabulario Bíblico).

No es el "corazón" un ciego recurso para sectarios fundamentalistas o desanimados creyentes. Es el camino de la inteligencia personal y de la responsabilidad consciente, que nunca puede estar a espaldas de uno mismo, como si tuviéramos que decidir los católicos las cosas automáticamente porque nos las dicen.

Se parece mucho a la conciencia auténtica y personal, última apelación que recomienda la Biblia, y frecuentemente también los mejores pensadores católicos, al enseñar a los creyentes cuál debe ser la última raíz conductora de sus decisiones y actitudes.

San Pablo acude a la conciencia para instruir a los seguidores del Evangelio sobre la actitud que deben adoptar. Les habla —por ejemplo— a los cristianos romanos de las comidas que les es permitido tomar, y dice que, "cada uno ha de obrar con convicción personal y cerrada (Rom. 14, 5), pues lo que no es según conciencia, es pecado (v. 23)" (J. B. Bauer, o. c.).

No es el autoritarismo el camino pregonado por la revelación cristiana. La sola obediencia a los dirigentes de la Iglesia no es la solución, aunque muchas veces se nos haya dicho esto.

La mejor prueba es que en las Cartas que escribió San Pablo a las iglesias más organizadas (como son las Cartas pastorales) "constatamos la ausencia de toda exhortación a obedecer a los ministros de la Iglesia" (J. L. McKensie, La autoridad en la Iglesia). ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: "nos

## EL ROBOT RELIGIOSO

encontramos en una Iglesia donde la relación entre ministros y miembros es interpretada todavía en términos de cooperación y armonía de funciones, y no como una relación de superior a súbdito" (J. L. McKensie, o. c.). Estamos muy lejos del autoritarismo que se produjo tras la época del emperador Constantino, y —sobre todo— en el Medievo feudal, y en la época moderna con el absolutismo político imitado por la organización humana de la Iglesia hasta hace bien poco.

Los errores, en aquella época de San Pablo, tan cercana al fundador del cristianismo, no eran objeto de exclusión de la Iglesia, como lo fueron siglos después. En los escritos de este Apóstol abundan los toques de alarma contra los maestros de doctrinas malsanas; pero "estos pasajes, sin embargo, no anatematizan las doctrinas erróneas; y los propugnadores de estas enseñanzas controvertibles siguen siendo miembros de la Iglesia" (o. c.).

Sepan los cristianos que en aquellos tiempos "la autoridad no es la cabeza del cuerpo (de la Iglesia): la única cabeza es Cristo". Y "el único control legítimo es el Espíritu" (o. c.). Nada de autoritarismos, ni religiosidades puramente emotivas: sólo discernimiento inteligente y convicción personal.

Algunos tienen también la obsesión de la unidad, creyendo que todo se viene abajo si no se consigue a todo trance el uniformismo. Hoy estamos asistiendo precisamente, por lo que se ve en algunos obispos españoles, al espectáculo de una neurótica compulsión que anima a muchos todavía. Cuando lo que pasa —o debe pasar— es que "esta unidad no se consigue imponiendo los ministros su voluntad a la Iglesia, sino que surge espontáneamente de la inspiración del Espíritu, que está presente en toda la Iglesia" (o. c.).

Si a la conciencia personal apeló San Pablo, no otra cosa hicieron los más grandes mentores intelectuales del catolicismo. Ahí tenemos a Santo Tomás, que en su comentario al Libro IV de las Sentencias dice: "Si la conciencia prohíbe una actuación positiva, hay que seguir la conciencia, incluso contra el deseo de la Iglesia, incluso si estuviera unida a ello la expulsión de la misma Iglesia" (ver Hartmann, S. J. Vraie et Fausse Tolérance).

El cardenal Boncompagni, futuro Papa Gregorio XIII a pesar de sus ideas inconformistas, le decía a nuestro Rey Felipe II: "Si el Papa me mandase alguna cosa contraria a mi conciencia, no obedecería".

Y así se podrían acumular citas tras citas que revelasen esta postura católica, única que podemos muchos adoptar como creyentes, aunque no sea eso lo que se nos ha enseñado en este país, que más que católico resulta "nacional-católico", y cuya mayor desgracia —en mi opinión— es estar siempre pendiente de la última palabra aprobatoria, o de la última condenación, de los clérigos —unas veces retrógrados, otras moderados y otras progresistas—, quienes difícilmente se acostumbran a no dominar, porque —a través de los siglos— se les ha hecho ya una costumbre hispana.

No obstante: ¿quién dudaría, en católico, de que le es necesaria a la conciencia personal un correctivo dinámico, un perfeccionamiento de sus limitaciones evidentes?

Un testigo y pensador de excepción en el siglo pasado, el cardenal Newman, lo propugnó así de palabra y de obra, y su vida toda es un ejemplo palmario de lo mismo. Y decía, sin embargo, "no conozco otro camino para llegar a la luz que seguir la propia conciencia, aunque esté equivocada".

Los "maestros", en estos asuntos, son catalizadores de nuestra conciencia; pero nunca pueden ser sustitutos de la misma, considerándonos como un "robot" religioso.

No apelemos —como hace uno de estos interpelantes— a la consabida ausencia de formación de los lectores, porque así —suplicándola siempre— es como se nos tiene a los creyentes —y no creyentes— en perpetua minoría de edad mental. Aparte de que TRIUNFO no es ninguna revista para ignorantes, al menos en el criterio de Emilio Romero, quien dice de ella en sus Cartas al Rey: "existe una tribuna intelectual de gran porte, como es TRIUNFO".